

RESEÑA

**RELIGION WITHOUT GOD, RONALD DWORKIN.
HARVARD UNIVERSITY PRESS, 2013, 192 PP.**

Leonardo García Jaramillo
Universidad EAFIT, Medellín-Ciencias Políticas

Pocos meses antes de fallecer, en febrero pasado, Ronald Dworkin (1931-2013) envió a la editorial de la Universidad de Harvard un libro que acaba de aparecer con el título *Religion Without God*. Dworkin controvierte lo poco precisa que es la distinción usual entre personas religiosas y no religiosas, toda vez que son muchas las que definiéndose como ateas tienen convicciones parecidas e igual de profundas a aquellas de las personas que se definen como religiosas. Quienes por ejemplo afirman que si bien no tienen un Dios personal, creen que hay una fuerza o un ser superior y más grande que nosotros.

Einstein defendió un tipo de ateísmo que Dworkin reconceptualiza, más bien, como un tipo distinto de religiosidad. “Lo más hermoso que podemos experimentar”, pensaba Einstein, “es el misterio. Es la fuente de la verdadera ciencia y del verdadero arte. (...) Las ideas sobre el misterio de la vida, aunque sumado con el temor, también le han dado auge a la religión. Sabemos que existe realmente algo impenetrable para nosotros, lo cual se manifiesta como la sabiduría más elevada y la belleza más resplandeciente y que nuestras reducidas facultades pueden comprender solo en sus formas más primitivas –este conocimiento, esta sensación, está en el centro de la verdadera religiosidad. En este sentido, y solo en este sentido, hago parte de las filas de las personas devotamente religiosas”.

Einstein creía en el Dios que describe el filósofo Baruch Spinoza, no en el Dios que se suele enseñar: un ser súper-poderoso vigilante del destino y de las acciones humanas. Una persona religiosa no es solo aquella devota a un Dios particular (Jesucristo, Alá, Buda...) sino también aquella que reconoce la inconmensurabilidad de la naturaleza y del universo, así como la conmensurabilidad de la razón. La frustración por no comprender la belleza intrínseca de la vida y de las maravillas naturales que nos rodean, han puesto históricamente al ser humano en la debilidad de atribuirlo todo al diseño de un ser superior. *Es posible defender una perspectiva religiosa de la vida sin depender de un Dios.*

La religión entendida como espiritualidad y creencia en verdades profundas, no es dominio exclusivo del teísmo. Einstein tenía fe en que algún valor trascendental y

objetivo se extiende por el universo; un valor que no es ni un fenómeno natural ni una reacción subjetiva a un fenómeno natural. La creencia en un dios no es una condición necesaria para la religión. En otras palabras, la religiosidad no necesariamente implica creer en dios. La argumentación dworkiniana está centrada en la importancia de separar a Dios de la religión; de entender que se puede ser una persona religiosa sin que ello dependa de creer en un ser superior que, por ejemplo, creó el universo en 6 días u otro que como es absolutamente trascendente es irrepresentable.

Podemos pensar en la vida después de la muerte, en la existencia del cielo y el infierno donde, respectivamente, se nos premiará o castigará según cómo llevamos nuestras vidas en la tierra. Los creyentes no tienen problema con crear o seguir los principios que sustentan la fe, pero los principios más importantes son aquellos que tienen una fuerza independientemente de la fe y pueden concebirse como principios morales propios de la razón pública en vez de aquellos exclusivos de la razón privada. Si un dios omnipotente existiera podría enviar a las personas al cielo o al infierno, pero no podría por su propia voluntad crear respuestas correctas a las cuestiones morales.

Sostener algunos principios religiosos no resulta necesariamente coincidente con sostener una fe particular. Se pueden buscar los principios religiosos en la vida sin tener que buscar la evidencia de la cruz en la que se crucificó al hijo de Dios o de la madera con la que se construyó el arca de Noé. “Lo que divide a las religiones que se basan en un dios de las que no –la ciencia de la religión que se basa en dios– no es tan importante como la fe en los valores que las unen”. La religión, tal como nos la contaron desde pequeños, podría aceptarse entonces asumiendo como propios e interiorizando valores y principios necesarios para llevar una vida que no solo sea buena para cada uno, sino también para su comunidad, sin creer que después de la vida nos espera un castigo por desear la mujer del prójimo.

La actitud religiosa descansa finalmente en la fe, pero también aceptamos nuestras capacidades científicas y matemáticas más básicas como una cuestión de fe. Acogemos nuestros valores de la misma forma. Hay no obstante una gran diferencia: hemos acordado buenos estándares para evaluar lo que significa un buen argumento científico y una demostración matemática válida, pero no tenemos estándares similares para evaluar la moral u otras formas de razonar acerca de los valores. Discrepamos férreamente acerca del bien y la bondad, sobre lo correcto, lo bello y lo justo. No tenemos la posibilidad de certificar externamente nuestras capacidades para la ciencia y las matemáticas, así como tampoco las tenemos para hacer validaciones en el campo de los valores. Los principios del método científico se justifican solo por la misma ciencia que estos métodos han producido. La ciencia no descansa en algo externo o diferente de la ciencia misma. Hay también un grado de fe en su aceptación.

En el caso de los valores la fe significa algo más. Dworkin insiste en que nuestras convicciones sobre los valores son compromisos emocionales que se sienten independientemente de que superen un test de coherencia. Se deben sentir correctamente desde un punto de vista emocional. Muchas personas afirman su ateísmo de conformidad con un fuerte sentido por la importancia de los valores, el misterio y el propósito de cada vida.

Si podemos separar a Dios de la religión, si podemos llegar a entender sobre qué realmente se enfoca el punto de vista religioso y por qué no exige o supone la existencia de un ser sobrenatural, entonces podremos al menos bajarle la temperatura a los enfrentamientos al separar las cuestiones científicas de las valorativas”. Los enfrentamientos que se dan en la actualidad en este sentido no son sobre las mejores evidencias científicas respecto de las mejores explicaciones sobre la creación del universo o la evolución de las especies, sino sobre el significado de la vida humana y sobre lo que significa vivir bien. Cada persona tiene el deber de llevar a cabo su vida de la mejor manera posible. Siente que debe hacer a su vida digna de ser vivida. Por esto siente remordimiento cuando observa en retrospectiva y se da cuenta que ha desperdiciado su tiempo en este mundo.

En este contexto debe modificarse lo que hasta ahora contaba como actitud religiosa, la cual acepta la realidad completa e independiente de los valores. En particular, acepta la objetividad de los juicios sobre los valores: el significado objetivo de la vida humana. Los valores no son solo ilusiones, como creen los nihilistas. Sobre un argumento que sostuvo igualmente en *Justice for Hedgehog*, cada persona tiene el deber de llevar a cabo una vida exitosa, lo cual significa vivir bien, aceptar las responsabilidades éticas con uno mismo así como las responsabilidades morales con los demás. Acepta también que aquello que denominamos “naturaleza”, es decir, el universo como un todo y todas sus partes, no solo es una cuestión de hecho sino que es grandioso en sí mismo, tiene un gran valor intrínseco. Los ateos religiosos reconocen que es objetivamente importante cómo se desarrolla la vida humana y el hecho de que cada ser humano tiene una responsabilidad ética que es innata e inalienable de tratar de llevar a cabo su vida tan bien como sea posible.

Conforme a Dworkin las religiones tradicionales más conocidas tienen dos partes: una científica y otra valorativa. La primera ofrece respuestas a importantes cuestiones fácticas sobre el nacimiento y la historia del universo, el origen de la vida humana y si hay o no vida después de la muerte. Un dios todo poderoso y omnisciente creó el universo, juzga la vida humana, garantiza una vida después de la muerte y responde a las oraciones. Algunos creyentes defienden estos planteamientos con otros que hacen pasar por argumentos científicos (el creacionismo y el evolucionismo son dos respuestas válidas acerca del desarrollo de las especies

vivas), mientras que otros los acogen simplemente por gracia de la fe o a través de la evidencia presentada en los mismos textos sagrados.

La segunda parte presenta varias convicciones sobre cómo se debe conducir la propia vida y qué deben valorar. Las convicciones teístas plantean deberes de adoración, oración y obediencia al dios que se suscribe la particular religión. Otros valores que podrían denominarse religiosos no son de la misma manera teístas, son al menos formalmente independientes de algún dios. La naturaleza es mucho más que un gran grupo de partículas; tiene valor y belleza intrínsecos. Argumenta Dworkin que la parte científica no puede fundamentar la parte valorativa porque ambas partes son conceptualmente independientes. El significado o el valor de la vida humana no pueden residir solo en la existencia de un dios bueno. Los valores espirituales no están circunscritos necesariamente al reino de lo religioso. Como el amor, el odio, la ira y los celos, se trata de algo que si bien no podemos entender del todo racionalmente, hace parte esencial de la existencia humana.

El pensamiento científico no es irreconciliable con el pensamiento religioso. Aquel exige separar los elementos científicos y valorativos de aquellos propios de la ortodoxia religiosa que afirma la existencia de un ser superior. Afirma Dworkin que cuando hacemos esta separación correctamente descubrimos que son completamente independientes, ya que el elemento valorativo no depende en forma alguna de la existencia de Dios. “Si aceptamos esto entonces reducimos enormemente la magnitud y la importancia de los enfrentamientos. No serán ya más guerras culturales. Esta ambición es utópica, pues las guerras religiosas, violentas y no violentas, reflejan un odio más profundo de aquel que la filosofía puede abordar. Pero un poco de filosofía puede ayudar”.

El libro se divide en cuatro partes: ¿Ateísmo religioso?; el universo; la libertad religiosa; y la muerte y la inmortalidad. La primera aborda el núcleo metafísico de la religión para plantear una interesante conceptualización que nos conduce a entender el fenómeno religioso de manera más compleja respecto de cómo tradicionalmente se nos ha enseñado. Relevante en este punto la distinción entre ciencia religiosa y valores religiosos. Se suscribe la popular idea de Dios de Spinoza que es en pocas palabras un dios de la tierra y para los vivos hoy, en vez de un dios del más allá para otra vida (“Deja de alabarme, ¿Qué clase de Dios ególatra crees que soy?”). La segunda es sobre el discurso de la física respecto de lo sublime y la belleza de lo inevitable. Se pregunta si y como la belleza puede orientar la investigación sobre el universo. La inconmensurabilidad y la finitud que a muchos arroja con fanatismo a defender una determinada convicción, debe llevarnos más bien a comprender lo que podamos con las facultades que tenemos, pero sobre todo a reconocer que mucho queda por fuera de la capacidad del entendimiento humano, es un misterio.

La tercera analiza una cuestión cuya problematicidad se aviva cada que hay un caso que exige su fundamentación: la libertad religiosa. ¿Cómo definirla cuando entra en conflicto con otros valores o principios? ¿Qué conflicto plantea la libertad con la religión? Define a la libertad religiosa como algo que trasciende el teísmo y la figura de un dios, pues se allana en sistemas particulares de creencia que deben mantenerse libre de interferencia. Aborda las nuevas guerras religiosas que no son como antes, afirma, guerras culturales sino guerras frenéticas. El último capítulo plantea una reflexión más amplia sobre la muerte y la inmortalidad.

Como es usual en la obra de Dworkin, en este libro la reflexión teórica y política se articula con problemáticas contextuales como el apoyo del Estado a determinadas iglesias, los rituales religiosos dañinos, la homosexualidad, el aborto, y la prohibición de crucifijos, turbantes y burkas en lugares públicos.